

AVIONES DE PAPEL

Mi ciudad es gigante y mi barrio de lo más entretenido. Enfrente de mi casa hay un mercado que desprende multitud de olores, siempre está repleto de gente comprando, vendiendo y gritando. Justo debajo de mi casa hay un bar con permanente alboroto. Saliendo de mi calle, al girar la esquina hacia la derecha, hay que tener mucho cuidado al cruzar, porque los repartidores de comida a domicilio van como locos por las aceras.

Todos los días, al salir de la escuela, junto con algunos chavales más de mi clase, nos vamos a la fábrica vieja de madera, la cual era del abuelo de mi amigo Mario. Entramos siempre por una ventana trasera para que nadie nos pueda ver. El interior huele todavía a madera recién cortada. Nos gusta dar vueltas por los pasillos entre esas gigantes máquinas, pero siempre terminamos montados en una avioneta vieja y destartalada, que según Mario era de su bisabuelo, el cual fue un importante piloto de la aviación francesa y participó en la segunda guerra mundial.

A Mario le gusta mucho viajar, a mí también, pero mis padres no se lo pueden permitir. Cada vez que nos montamos en la avioneta destartalada, mi amigo nos cuenta uno de sus fantásticos viajes realizados por el mundo.

El viaje que más me ha fascinado es el que nos contó hace unas semanas. Mario y su familia cogieron un avión que los llevó hasta el desierto australiano. Allí conocieron y vivieron con una tribu de aborígenes, que dice que eran de lo más simpáticos y agradables.

De camino hacia mi casa le pregunté a Mario si algún día podría ir con él de viaje y cuál fue mi sorpresa, cuando me contestó que sí. Me dijo que este mismo sábado me llevaría de viaje.

Quedamos por la mañana en la fábrica. Yo llevaba una mochila en la espalda con algo de ropa. Nos metimos por la ventana rota de la fábrica vieja y Mario me llevó por unos pasillos desconocidos, empujó un mueble viejo y estropeado. Tras de él apareció un agujero que cruzamos y bajamos por unas escaleras de piedra. Mario abrió la luz y aparecieron centenares de libros antiguos, todos alineados en estantes grandes de madera. Era como una gran biblioteca de libros olvidados.

Mario me contó que estos libros los escondieron para salvarlos y él cada vez que desea viajar a lugares desconocidos coge un avión de papel y se adentra a lugares fantásticos y conoce a gente espectacular. Esta misma mañana cogí un avión de papel y viajé hasta el Puerto de Santa María, en Cádiz. No me fui muy lejos, pero fue un viaje relajante, olí el mar y sentí su brisa y conocí marineros que me acogieron en sus humildes casas.

Pasaron algunos días y presentía que no tardaría mucho en volver a esa biblioteca escondida de libros olvidados para coger un nuevo avión de papel.